

# EUROPA, ESPAÑA, IBEROAMÉRICA

PALABRAS PRONUNCIADAS

POR

**D. PEDRO LAÍN ENTRALGO**

PRESIDENTE DE LA ASOCIACION C. IBEROAMERICANA

EN EL DIA DE LA INAUGURACION DE ESTA

EN MADRID



MADRID  
PINAR, 5



**EUROPA, ESPAÑA, IBEROAMÉRICA**



Ahora, precisamente ahora, en estos lustros de violencia y arbitrariedad, cuando en la trama de la Historia más prevalece —a nuestros ojos humanos, por lo menos— la pasión sobre el orden, es cuando más frecuente y fiel debe ser nuestra apelación al divino tópico de San Juan: «En el principio era el Verbo» (*Joh*, I, 1); no la acción, ni el ímpetu, ni la organización, sino el Verbo. En tal invocación consisten a la vez nuestro orgullo y nuestro deber. Porque si el hombre es, como creemos, imagen y semejanza de Dios, su primer deber y su primer orgullo habrán de consistir en hacer del verbo humano —esto es, de la inteligencia sobrenaturalmente iluminada— el principio de sus operaciones. Bueno es el ímpetu, pero cuando sirve al verbo; buenas son la organización y la acción, mas sólo cuando se enderezan a realizar en el mundo la verdad quiescente y extramundana del verbo.

Os hemos convocado aquí, amigos, para ser doblemente fieles a ese soberano mandamiento. Hemos querido, en primer término, obtener vuestra presencia, lo cual ya es cosa espiritual, puesto que la presencia es el modo de ser más propio del espíritu. Queremos, por otra parte, dirigir a vuestra mente unas claras, sencillas palabras de definición y de llamada.

Empecemos por la definición, y Dios me ayude a que sea breve y exacta. El epígrafe de nuestra empresa, su verbo exterior y apelativo, reza así: «Asociación Cultural Iberoamericana.» De los varios conceptos a que este rótulo trimembre alude, me importa definir tres: uno bien expreso, el de Iberoamérica; los otros, tácitos: el de Europa y el de España. Europa, España, Iberoamérica. Os diré, con cuanta precisión pueda, lo que para nosotros es cada una de esas tres entidades históricas.

Europa, la noble y herida Europa. En este caso, tal vez sea conveniente antes que definir, confesar. Confesaremos con toda gravedad: somos, queremos ser, queremos seguir siendo europeos. El vuelo incontenible de nuestra mirada hacia América no es una deserción. Ni somos ni podríamos ser las ratas que huyen por la amura de poniente del navío semianegado. ¿Acaso no han sido radicalmente europeos los mejores españoles, desde San Isidoro a Cajal? ¿Acaso no fueron hombres españoles —el humanista Luis Vives, el médico Andrés Laguna y el diplomático Saavedra Fajardo— los primeros a quienes han dolido las locuras de Europa, los primeros en decir con católico casticismo, el único casticismo aceptable: «Me duele Europa»?

Pero tras la confesión, la exigencia. Exigimos un concepto muy riguroso de Europa; queremos ser fieles a un concepto, no beatos de un nombre. ¿Cuál es entonces nuestro concepto de Europa? ¿Cuál es la Europa que confesamos, de qué Europa somos fieles?

Dos parecen ser los criterios según los cuales se ha intentado definir esta vidriosa y magna cosa que decimos Europa. Atiende el primero a los ingredientes originarios de la entidad europea, a sus primitivas fuentes históricas. No es difícil la fórmula. Europa —nos dicen— es la combinación orgánica y unitaria de tres elementos: la Antigüedad clásica, el Cristianismo y la Germanidad, cronológicamente enumerados. Donde falte uno de ellos no existe Europa. No es muy errónea, en verdad, esta concepción fontanal, culinaria o romántica —y bien romántica— de la entidad europea, pero en modo alguno es suficiente. Baste pensar que en la Historia no deciden los orígenes, sino los resultados.

De aquí que, junto a los conceptos procedentes del criterio genético, existan otros que bien pueden ser llamados «resultativos». Atienden éstos, como es obvio, a los «resultados» conseguidos por la comunidad europea a lo largo de su historia, a las hazañas o creaciones históricas de Europa. Para algunos definidores, los de mirada más

pegada a lo concreto y figurado, la creación definitoria es una forma de vida singular, y a su juicio, paradigmática: «Europa es el siglo XIII», sentencian unos; «Europa es el Renacimiento», opinan otros, y entre ellos, como es sabido, Menéndez y Pelayo; «Europa es el siglo XVIII, el mundo luminoso y ordenado de Leibnitz, Newton y Bach», nos dice, no sin buenas razones, la autoridad de un tercero. La historia europea ulterior al momento ejemplar, cualquiera que uno elija, sería imitación, nostalgia o, lo que es peor, descarrío.

Junto a los nostálgicos de un pasado concreto están los buscadores de una fórmula abstracta. El «resultado» definidor de Europa consistiría en un modo de ejercitar la vida humana: crear ciencia, vivir en libertad política, conseguir y sostener la justicia social. «Europa es la ciencia, la libertad, la justicia social», hemos oído mil y una veces.

Pero ¿es que puede ser definida una entidad histórica, esto es, esencialmente mudable, por un «resultado»? Todo resultado histórico tiene, por definición, mucho de transitorio, y no excluye otros distintos, tal vez opuestos. Nietzsche, Bergson y Unamuno, nada «científicos» en el sentido corriente de la palabra, son tan europeos como Galileo, Kant y Laplace, aunque Unamuno tuviese el capricho —muy europeo, por lo demás— de presentarse como africano. Y no es en sí menos europeo un Estado fundado sobre la autoridad que otro más atento a lo que suelen llamar libertad: desde el Volga hasta el Algarve, desde Teodorico a Stalin, la vida del hombre es y ha sido el cambiante tejido de un «se prohíbe» y un «se permite».

Ni genética ni resultativamente puede ser definida Europa. Una entidad histórica no queda definida por su origen ni por uno o dos de sus ocasionales resultados, sino por una *misión* original susceptible de conservación o de pérdida, por una posibilidad de operación constantemente abierta al futuro y constantemente amenazada. Frente a los conceptos genéticos y resultativos debe levantarse un concepto *misivo* de Europa. El problema está, naturalmente, en ponerse de acuerdo acerca de cuál es la misión de Europa, supuesto que haya tenido alguna.

Muy *ex abrupto* y sin mayor argumentación os propondré mi modesta fórmula. La misión última y más propia de Europa consiste, a mi juicio, en ofrecer lúcida y reflexivamente a Dios cuanto haya o parezca haber de verdadero y valioso en todas las creaciones humanas, hasta en las histórica o geográficamente extracuropeas. Europa se define esencialmente por una *misión creadora y ofertiva*: ha creado la universalidad de la Historia, sobrehistóricamente contenida en las

verdades del Cristianismo, y ha sabido ofrecerla a Dios. Es probable, por ejemplo, que el budismo o la cultura china contengan en su seno perlas intelectuales, operativas o estéticas muy valiosas para todos los humanos. Pues bien; tengo por seguro que si el tesoro es descubierto y ofrecido a Dios, los descubridores y oferentes serán hombres europeos o europeizados, continuadores de la misión de Europa, como fueron europeos los conquistadores y bautistas de Platón y Aristóteles.

Dos tiempos sucesivos, aunque no inmediatos, tiene, pues, el cumplimiento de la misión de Europa. Consiste el primero en la creación original de obras universalmente verdaderas y valiosas o en descubrir lo que de universalmente verdadero y valioso hay en las obras ya creadas. Sirvan como ejemplo los nombres de Cervantes, Newton y Santo Tomás. El sabio, el artista genial y el héroe son quienes cumplen el primer tiempo de la gran faena ofertiva, la cual queda acabada en el segundo, quiero decir con la cristiana acción de ofrecer a Dios la verdad y el valor de lo creado y descubierto. El santo —hay santos preeminentemente intelectuales, activos, o estetas, no contando los apartados del mundo— es el protagonista de esta operación ensalzadora y perfectiva, la cual, a su vez, especifica el modo europeo de la santidad cristiana.

El ofrecimiento debe ser lúcido y reflexivo —en esa lucidez está la sal de Europa—, y puede aplicarse a la verdad de las obras intelectuales, a la belleza de las creaciones estéticas y a la valía de las acciones individuales o sociales. Donde tal hazaña ofertiva se cumpla, cualquiera que sea el lugar geográfico de la oblación, cualquiera que sean la lengua y la pigmentación cutánea del oferente, allí se continúa la misión de Europa, allí sigue viviendo Europa. ¿Quién puede hablar de la caducidad de Europa cuando son tantas y tan ingentes las provincias del pasado que esperan ser cumplidamente ofrecidas a Dios: las culturas orientales, la ciencia natural moderna, la historiología de los últimos ciento cincuenta años, para no salir de lo tocante a la inteligencia y para no aludir a la incertidumbre de la creación original?

Supuesto tal concepto misivo y ofertivo de Europa, y siempre al hilo del mismo pensamiento, intentemos definir a España. Si España es un país europeo, ¿cuál parece ser nuestra misión dentro de la común tarea ofertiva, cuál sería la posibilidad más constantemente abierta a los españoles? Contestaré con tanta impavidez como en el caso de Europa. España se define históricamente —y esto, lo histórico, es lo que importa— por una peculiar fidelidad a esta europea misión de ofre-

cimiento. Dicha «peculiaridad» —geográfica, temperamental, histórica y a la postre providencialmente determinada— diríase compuesta por dos ingredientes fundamentales: una especial tenacidad vital en la empresa de defender la realización social del Cristianismo, cauce histórico del ofrecimiento, y una mayor tendencia hacia las formas puramente activas y estéticas de la operación creadora y ofertiva.

Sabemos con certidumbre de fe que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia de Cristo, pero no se nos ha dicho si el modo de subsistencia de la Iglesia será siempre la Catedral o podrá ser más de una vez la Catacumba, ni si el número de los fieles ha de ser el de la parva o el de la gavilla. Pues bien: cuando en otras partes iniciaron los cristianos, más débiles vitalmente, un avance hacia la transacción o una retirada hacia la Catacumba, siempre hubo miles y miles de españoles dispuestos tenaz y gallardamente a defender con su vida la perduración de la Catedral. Nadie, ni siquiera los que nos llaman crueles, nos discutirá este duro y exigente privilegio.

Parece, por otra parte, que cuando los españoles pasamos de la defensa al ofrecimiento solemos preferir sus modos activos y estéticos. No han faltado entre nosotros los oferentes especulativos —ahí están Suárez, Vitoria y, a menor nivel, el propio Balmes—; pero la verdad es que el peso espiritual e histórico de nuestros fundadores, misioneros, ascetas, místicos, héroes y artistas excede con mucho sobre el de nuestros sabios y filósofos, incluso poniendo junto a los creadores y oferentes, como Suárez, los puramente descubridores o creadores, como Cajal.

Lo cual nos lleva como de la mano ante el tercer punto de nuestro empeño definitorio: Iberoamérica, Hispanoamérica. ¿Cómo debe ser entendida la misión de Hispanoamérica, qué es la Hispanidad? La acción histórica de España logró incorporar todo un orbe de tierras y mares a su peculiar manera de ver, expresar y ofrecer la vida y el mundo. En un lapso de cincuenta años, nueva Roma, *orbis fuit quod prius natio fuerat*. El orbe se partió luego en individuos históricos —uno de ellos, naturalmente, la propia España—, mas no todos sus hombres olvidaron la fidelidad al viejo y común modo de ser. Llamamos Hispanoamérica o Iberoamérica al ingente marco geográfico y político en que vive la Hispanidad; llamamos Hispanidad tanto al conjunto de los que dentro de ese marco quieren seguir fieles al viejo modo de ser como al modo de ser mismo; creemos, en fin, que la Hispanidad es capaz de eficacia universal y susceptible de permanente y diversa actualización histórica. No todo en España y en Hispanoamérica es Hispa-

nidad, ni tal vez llegue a serlo nunca; pero puede ser verdaderamente hispánica una fracción de sus hombres mucho más importante que la actual, si los fieles a la oblación cristiana de la verdad y del bien aciertan a convertirse en los mejores y a operar en concordia.

Mirad, amigos, cómo la Hispanidad, reserva y levadura de España e Hispanoamérica, no es para nosotros sino una singular fidelidad a Europa, entendida ésta como entidad histórica cumplidora de una misión siempre posible y siempre amenazada, tan amenazada, que sus primeros enemigos son a veces los propios habitantes de Europa. Ved también la honda raíz de mi inicial confesión, aquel «somos, queremos ser, queremos seguir siendo europeos».

La Hispanidad es todo menos casticismo. Conviene insistir en esta verdad cardinal. Cualesquiera que sean las tendencias temperamentales más visibles entre los hispánicos —la acción, la figuración estética, el trance místico—, la esencia de la Hispanidad no está definida tanto por el contenido del ofrecimiento como por el temple ético y el entrañamiento de la cristiana fidelidad a esta tarea ofertiva. No es más hispánico el tomista aristotelizante que el ejemplarista bonaventuriano, ni éste vence en hispanidad al escotista, o al blondelismo, o al bautista de la filosofía de la vida, o al cosmólogo capaz de ver la física nuclear *sub specie divinitatis*; tan hispánico se puede ser escribiendo los amplios períodos de fray Luis de Granada como las oraciones primeras de activa de Azorín; y así en todo. ¿Por qué ha de ser más «español» el Empecinado que Suárez? Donde empiezan el amaneramiento y la unilateralidad del casticismo, termina la Hispanidad. Lo decisivo, conviene repetirlo, no es la índole singular de lo que el hombre ofrece con su vida (verdades filosóficas, hechos científicos, figuraciones estéticas o acciones sociales), ni tampoco el modo de expresar la verdad o la belleza (aristotélico o leibnitziano, realista o impresionista), sino el entrañamiento, el temple ético, la fidelidad a muerte con que ha de ser cumplida la oblación. Todo lo humano cabe en la Hispanidad, a condición de que esa «humanidad» sea cristiana o cristianizable.

Tal es nuestra definición, tal nuestro verbo. A ese verbo, principio y fundamento de la «Asociación Cultural Iberoamericana», se subordinarán nuestro ímpetu y nuestra organización, si Dios nos otorga la merced de aquél y nosotros, hombres más de principios que de gestiones, somos capaces de disciplinarnos en ésta. Tratamos de servir a la Hispanidad —concebida como misión espiritual y como empresa histórica— situándonos, sobre todo, en el flanco de la vida intelectual y

la creación estética. Queremos servirla, además, con rigor y ambición, suscitando obras humanas dignas de ser ofrecidas a Dios y predicando con el ejemplo —ya valioso, si sabe ser fiel— el ejercicio de tal ofrecimiento. Permitidnos la honrada esperanza de contar con vosotros: con vuestro nombre, con vuestras obras, con vuestro auxilio.

Y ahora, a modo de conjuro festival, volvamos todos al diálogo alegre y a la parca libación. Basta con que en la *sobria ebrietas* de vuestro espíritu no falte hoy, luciente como una estrella, incitante como una espuela, la esperanza del común destino todavía ofrecido a los hispánicos de una y otra ribera, de uno y otro mar.

Madrid, mayo de 1947.

SE IMPRIMIO ESTE FOLLETO EN LA  
IMPRESA DE PRENSA CASTE-  
LLANA, SAN ROQUE, 7,  
MADRID. FUNDADA  
POR DON PAS-  
CUAL MADOZ  
EN 1846



